

El mundo y el cristiano

Diferentes autores

biblicom.org

Índice

1 - En el mundo sin ser del mundo	3
2 - ¿Quién gobierna este mundo?	4
3 - El mundo no ha conocido a Dios	5
4 - En el mundo, pero no del mundo	6
5 - Un mundo juzgado, condenado, esperando la ejecución del juicio	7

1 - En el mundo sin ser del mundo

«Yo no soy de este mundo» (Juan 8:23).

De hecho, Jesús no era «de este mundo». Sin embargo, no necesitaba buscar mantener su santidad intacta e inmaculada evitando el contacto con el mundo. Se mezclaba familiarmente con las multitudes en sus ocupaciones, sin desaprovechar sus inocentes placeres. Él no alentaba, con su ejemplo, el gusto por el aislamiento. Y, sin embargo, su camino en esta tierra estaba como aureolado de un carácter celestial. Todas sus miradas, todas sus palabras y todas sus acciones eran, por así decirlo, del cielo. Fíjense en su ejemplo: nunca se enfrentaba innecesariamente a las tentaciones o a las influencias satánicas del mundo. Conocía el poder de seducción que el mundo puede ejercer sobre nosotros para llevarnos a tratar de saciar nuestra sed con sus aguas contaminadas.

Jesús resolvió el gran problema que teníamos ante nosotros: cómo estar «en el mundo», pero sin embargo no ser «del mundo» (Juan 17:11, 14). Huir del mundo sería un abandono de nuestro deber; seríamos como sirvientes que abandonan su trabajo, o como soldados que desertan el campo de batalla.

Ante las preocupaciones y los deberes del mundo, sus cargas y sus responsabilidades, sus compromisos y sus placeres, no olvidemos que «el mundo pasa» (1 Juan 2:17). Cuidémonos de cualquier cosa que en este mundo tienda a debilitar la espiritualidad de nuestro corazón, a hacer que nuestras mentes no sean aptas para la reflexión seria, a bajar el nivel del deber cristiano, o a provocar una peligrosa conformidad con sus falsos modales, hábitos, gustos y principios.

Vivamos de tal manera que las personas que nos conocen se den cuenta de que somos cristianos felices en su Señor. Terminemos nuestra existencia de tal manera que después de irnos, las personas que nos conocen puedan apreciar y seguir nuestro ejemplo. Que el vacío interior de nuestro corazón se llene con el amor de Dios: este será el mejor antídoto contra el amor del mundo.

Recordemos esto: no somos del mundo, como Él no era del mundo.

J. R. Macduff

2 - ¿Quién gobierna este mundo?

«Para que conozcan los vivientes que el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y que a quien él quiere lo da, y constituye sobre él al más bajo de los hombres» (Daniel 4:17).

El rey Nabucodonosor escribió un capítulo entero en el libro de Daniel. Se le encargó que diera a conocer a todos los pueblos «las señales y milagros» que el Dios Altísimo había hecho por él (Dan. 4:2). Su declaración fue realmente un testimonio personal a «todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra» (v. 1). Algunos han llamado a su proclamación el tratado evangélico de Nabucodonosor. La gran diferencia entre este tratado y otros tratados de evangelización, es que su lectura era obligatoria.

Dios había humillado mucho a este rey por su orgullo: «¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?» (v. 30). Tenía que aprender que «el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres, y que lo da a quien él quiere» (v. 25). Nabucodonosor da un sorprendente testimonio de la absoluta soberanía del Dios Altísimo cuando dice: «Él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra» (v. 35). Concluye glorificando y alabando al «Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos» (v. 37).

La lección esencial aprendida por Nabucodonosor como resultado de su humillación es también una lección saludable para nosotros hoy. El Dios vivo domina en el gobierno de este mundo, incluso en el establecimiento del «más bajo de los hombres». Muchos cristianos no aprecian el gobierno de su país porque su política se opone al cristianismo; también deploran el bajo nivel moral de sus dirigentes. Sin embargo, no debemos olvidar que «no hay autoridad sino de Dios, y las que hay, han sido establecidas por Dios» (Rom. 13:1). Que el Señor nos preserve de toda actividad política y partidista. Nuestro deber es orar por los que reinan y por los que nos gobiernan. «Exhorto, pues, ante todo, que se hagan peticiones, oraciones... por los reyes y por todas las autoridades; para que vivamos tranquila y sosegadamente, con toda piedad y honestidad» (1 Tim. 2:1-2).

B. Reynolds

3 - El mundo no ha conocido a Dios

«En el mundo estaba (el Hijo de Dios), y el mundo fue hecho por él y el mundo no lo conoció» (Juan 1:10).

«Él (el Padre) os dará otro Consolador... el Espíritu de la verdad, al que el mundo no puede recibir; porque no lo ve, ni lo conoce» (Juan 14:16-17).

«¡Padre justo! El mundo no te conoció» (Juan 17:25).

Estos tres versículos presentan un rasgo similar, que caracteriza al mundo: el mundo no conoce ni al Hijo, ni al Espíritu Santo, ni al Padre. El mundo puede ser muy religioso y manifestar una gran apariencia de espiritualidad, pero la solemne realidad es que no conoce a Dios.

1. El Hijo de Dios –el único Hijo del Padre, el Verbo que se hizo carne– habitó entre nosotros (Juan 1:14). Él estaba en el mundo, y el mundo fue creado por él, pero el mundo no lo conoció. ¡Qué cosa tan extraña y sin embargo tan característica del mundo!

2. En Juan 14, el Señor Jesús habló a sus discípulos de su inminente partida al cielo. Les dijo que no se desanimaran: cuando él se fuera, les enviaría «otro Consolador»: ¡el Espíritu Santo! Pero el Espíritu solo moraría en los creyentes, pues el mundo no lo recibiría; no puede verlo y no lo conoce.

3. Cuando el Señor Jesús oró a su Padre en Juan 17, dijo estas palabras: «El mundo no te conoció, pero yo te conocí» (v. 25). De hecho, el mundo siempre se ve en contraste y oposición al Padre (1 Juan 2:16).

El apóstol Juan declaró que somos «llamados hijos de Dios. ¡Y lo somos! Por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él» (1 Juan 3:1). ¡Cuán benditos somos al compartir con Dios el hecho de ser ignorados por el mundo! El mundo no sabe quiénes somos, no tiene ninguna idea; ignora la naturaleza y la posición en la que participamos por gracia. Pero aquel a quien estamos vinculados, el mundo tampoco lo ha conocido.

B. Reynolds

4 - En el mundo, pero no del mundo

«Jesús recorrió Galilea... estaba cerca la fiesta de los judíos, llamada de los Tabernáculos. Sus hermanos, pues, le dijeron: «Sal de aquí, y vete a Judea... manifiéstate al mundo» (Juan 7:1-4).

El Señor dio sentido a la expresión en el mundo, pero no del mundo cuando dijo: «No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del maligno» (Juan 17:15).

El Señor dio una ilustración durante toda su vida: siempre estuvo en el mundo, actuando en medio de su ignorancia y de su miseria, pero nunca fue del mundo, como lo haría alguien que compartiera sus esperanzas o proyectos, o que se imbuyera de su espíritu.

En Juan 7, se le ve claramente bajo este carácter. Era la fiesta de los Tabernáculos, la alegre coronación del año en Israel, una prefiguración del reino venidero, la época de la cosecha; el pueblo solo tenía que recordar, en cambio, del tiempo en que había errado por el desierto. Los hermanos de Jesús le sugirieron que aprovechara esta época en la que todo el mundo estaba en Jerusalén. Querían hacerlo importante, hacer de él un hombre del mundo. «Si haces estas obras, manifiéstate al mundo», dicen. Jesús se niega. Aún no había llegado su momento de celebrar la fiesta de los Tabernáculos. Tendrá bien, cuando llegue su hora, su reino en el mundo, y «será engrandecido hasta los fines de la tierra» (Miq. 5:4). No va a la fiesta para ser de la fiesta, aunque está en la fiesta; así que, cuando viene a la ciudad en ese momento, lo vemos en servicio, no en honor –no haciendo milagros para ganar notoriedad entre los hombres, como sus hermanos habrían deseado. Lo vemos enseñar a los otros y luego esconderse.

Todo esto caracteriza verdaderamente a Jesús; es el rasgo específico de la gloria moral del Hombre perfecto en su relación con el mundo. Era el Vencedor, el Hombre de dolores y el Benefactor –en el mundo, pero no del mundo.

5 - Un mundo juzgado, condenado, esperando la ejecución del juicio

«No son del mundo, como yo no soy del mundo. Santificalos en la verdad; tu palabra es la verdad. Como me enviaste al mundo, también yo los envié al mundo» (Juan 17:16-18).

«Cuando él (el Espíritu Santo) venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio... de juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido juzgado» (Juan 16:8, 11).

«Ahora es el juicio de este mundo» (Juan 12:31).

El Espíritu Santo confundirá (o: convencerá) al mundo sobre el pecado, la justicia y el juicio. Este pasaje es a menudo mal citado, y por lo tanto mal entendido. Afirma que la presencia y la acción del Espíritu Santo daría una demostración irrefutable del pecado del hombre, pero también de la justicia y del juicio de Dios. Dice: «Convencerá al mundo... de juicio», pero muchos dicen: Sobre el juicio que vendrá, y eso no es del todo correcto.

Pablo estaba discutiendo con Félix sobre el «juicio venidero» (Hec. 24:25), pero eso no es lo que presentan estos versículos del Evangelio según Juan. Más bien, se trata del hecho de que el Espíritu Santo nos convence de la existencia de un juicio presente.

El príncipe de este mundo, su jefe (Satanás), ha hecho todo lo posible para oponerse a Dios empujando a los hombres malvados a exigir que Cristo sea rechazado y crucificado (Lucas 23:18, 21). Pero por su muerte y resurrección, Cristo quebró la cabeza de la serpiente (Gén. 3:15), anuló el poder de Satanás y liberó «a todos los que, por temor a la muerte, estaban sometidos a esclavitud durante toda su vida» (Hebr. 2:15).

Ahora que Dios ha justificado a Cristo, ha declarado que el mundo entero está bajo juicio, un juicio que aún no se ha ejecutado pero que ciertamente se ejecutará. Mientras tanto, el evangelio de la gracia de Dios está siendo enviado a todo el mundo, y cuando es recibido por la fe, los que han creído escapan del juicio; son llevados a Dios, fuera del poder de Satanás, y han «pasado ya de muerte a vida» (Juan 5:24).

El hombre de fe ve al mundo entero como ya juzgado, condenado, «el príncipe de

este mundo ha sido juzgado». No solo encontró la vida creyendo en Cristo, sino que también murió con él. Es consciente de que la muerte de Cristo significa, para él, la muerte a los valores de este mundo y que ahora debe vivir solo para Cristo. ¡Que el Señor nos conceda que nos demos cuenta de esto, por el bien de su nombre!

H.A. Ironside